

COMUNIDAD FORMADORA

Al aceptar este tema, recordé varios estudios del P. Tillard, op, sobre la comunidad religiosa.

Cuando decimos COMUNIDAD FORMADORA, ¿estaríamos limitando la comunidad a un simple medio; el de proporcionar al monje o a la monja, un ambiente, un clima espiritual que le permita vivir lo mejor posible, su ideal de vida?.

El hecho es que la comunidad religiosa es algo más que un simple MEDIO; ella es también un FIN: llamada a manifestar el ACONTECIMIENTO de la PASCUA, la *KOINONÍA*, misterio profundo de comunión de vida en Cristo Jesús, signo para la Iglesia y para el mundo de que el misterio ya fue introducido en la historia de los hombres.

Creo que podemos encontrar en el pensamiento de san Benito estos dos aspectos complementarios de la comunidad religiosa, de manera implícita, pero también explícitamente, en su Regla.

LA COMUNIDAD COMO MEDIO

Quizá el texto más explícito se encuentra en el capítulo primero, cuando san Benito habla del eremitismo. Dejando de lado el problema de esta clase de monjes, tomemos la afirmación que nos interesa. Es en la fila de sus hermanos donde el monje aprende a luchar solo, y es allí donde llega a una madurez espiritual deseable. “Luchar con su solo brazo y el auxilio de Dios”. Podríamos decir en el lenguaje de hoy: encontrar dentro de sí mismo las motivaciones profundas con la ayuda de la gracia, sin depender tanto de los estímulos exteriores que una comunidad generalmente ofrece o debe ofrecer.

LA COMUNIDAD COMO FIN

¿No estaría implícito esto en la expresión “escuela del servicio del Señor”, que, además de designar el lugar donde se realiza la actividad del monje, es sobre todo la propia comunidad, comunidad en sí perfecta y acabada, en teoría, pero que exige en la práctica una continua formación y crecimiento, como organismo vivo llamado a expresar aquí y ahora la presencia del Reino? Desde esta perspectiva podemos considerar a la comunidad formadora en tres sentidos, dos de los cuales están muy presentes en la Regla, y un tercero, conquista de los estudios teológicos, ha sido particularmente recalado por el Vaticano II.

La comunidad formadora es:

- formadora del monje,
- formadora de sí misma en cuanto *koinonía*,
- formadora de la Iglesia y del mundo como signo, como sacramento.

¿Tienen conciencia nuestras comunidades de ser formadoras en esta triple dimensión?

Porque podemos ejercer esta función en un estado de semiconciencia, desconociendo realmente en qué consiste esta misión formadora, reflexionando sobre ella de un modo superficial y sin concientizar un modo de realizarla prácticamente en este mundo nuevo en que vivimos.

Frecuentemente los miembros de una comunidad permanecen condicionados por el tipo de noviciado vivido por cada uno de ellos, sin pensar que los tiempos han cambiado, o bien olvidándose de sus propias vivencias. Es fácil ver el pasado de modo romántico o amargo. ¡Cuántas reuniones comunitarias, cuántas revisiones de vida, capítulos de información y de recepción de novicios lo reflejan! Ahora bien, no podemos transferir pura y simplemente los modelos del pasado a nuestra época.

La comunidad es formadora del monje en un doble aspecto: la formación inicial del novicio y la formación permanente que acompaña al monje en todas las etapas de su vida hasta el momento de su encuentro definitivo con Dios, su Padre y Redentor.

La comunidad forma al novicio. A pesar de que, como dice la Regla, los novicios ocuparán un lugar propio destinado para ellos, y tendrán un “*senior*” un maestro que los acompañe, podemos decir que la pequeña comunidad de los novicios vive dentro de la gran comunidad monástica. La rigidez de la separación está muy atenuada en nuestros tiempos, sobre todo en las fundaciones hechas con muy pocos monjes; además esta atenuación se debe también a nuestro mundo de “comunicación”. Queramos o no, es fruto de un creciente despertar de la conciencia de participación y solidaridad a la que el novicio está acostumbrado ya desde su infancia.

Es impresionante ver cómo los niños de hoy participan en los problemas domésticos más serios. La novicia, el novicio que llega al monasterio, es alguien que vive por dentro su realidad familiar y social, aun faltándole la luz del discernimiento necesario. Trae en sí un espíritu crítico cuyo ejercicio se hizo posible gracias al clima de libertad e incluso de permisibilidad de nuestra cultura social. Todo lo ve, todo lo percibe, todo lo cuestiona; es muy diferente a los novicios de las generaciones pasadas que no contaban con la misma libertad interior ni exterior, que vivenciaban siempre sus menores sentimientos críticos como algo culpable –un mal pensamiento que debía ser rechazado–, y consideraban los grandes problemas como problemas de adultos.

Cuando una novicia pregunta hoy, y hasta cuestiona con la mayor naturalidad de qué vive el monasterio, su economía, etc., yo me sorprendo y me pregunto por qué yo no tuve la preocupación, la espontaneidad y el ambiente para hacer esa misma pregunta.

La generación de los últimos años quiere conocer y participar. Por la experiencia que este hecho entraña, se produce una tensión entre esta posición más adulta y la necesidad de colocarse como discípulo, yo diría, como “niño”, ante los valores y el estilo de la vida monástica. De ahí sus quejas –con o sin razón– de sentirse tratados como niños.

Generalmente hablamos de la comunidad y el noviciado, como dos grupos que viven paralelamente. La profesión sería el momento del ingreso a la comunidad.

Ahora bien, la realidad que se percibe con la apertura a la que nos referimos, va abriendo otra perspectiva. La entrada en la comunidad se produce, de hecho, vitalmente, desde que el postulante cruza el umbral del monasterio. Esta entrada es muy personal y progresiva a lo largo de todo el tiempo del noviciado y cada etapa superada va manifestando esta integración hasta que los votos perpetuos la tornan definitiva y jurídicamente estable.

Igualmente, la conciencia de que la formación no se limita al noviciado, es cada vez más clara y exigente. Así, no se escuchará más la frase que una vez sonó extraña a los oídos de una novicia: “Después de la profesión solemne sólo se espera una cosa: la muerte”. Sin duda, la muerte es el último paso para la entrada en plenitud en la Vida eterna, pero antes se halla la continuidad del proceso de conversión al cual llamamos “formación permanente”.

Hablando de formación del noviciado o de formación permanente, pensamos en los cursos de

iniciación o de *recyclage*. Ciertamente éstos son necesarios, pero constituirán ante todo la base o el fundamento del *ser* monástico, cuyo fin es para el monje la “*puritas cordis*”, y para la comunidad, la *koinonía*.

En una comunidad, en efecto, todos se hallan en proceso de formación viviendo la interacción de cada día. Hay una conciencia del fin que se espera alcanzar y también del mecanismo psico-espiritual con sus etapas dolorosas y gloriosas. Etapas dolorosas por la confrontación con las debilidades y pecados; gloriosas por el encuentro pascual de la victoria de Cristo sobre estas realidades de muerte, en la dilatación del corazón individual o comunitario.

En este clima de tensión y dilatación, de tentación y de victoria, es imprescindible el papel del abad –y del maestro de novicios–. Papel de “gobernar y ganar las almas” (RB 2,31), tanto más difícil porque ambos cargan también con las tensiones de su propio crecimiento, hoy mucho más perceptible para todos. Es preciso mucha madurez humana y de fe para ubicarse en este plano como formador y formando, dejar que se toquen recíprocamente las heridas, los límites, las incoherencias, conservando cada uno su identidad y función. Pero la Iglesia, al confesarse santa y pecadora (C. Vaticano II), nos anima a asumir esta verdad.

Ardua tarea es la de “servir a los diversos temperamentos” (RB 2,31), a los diversos modos de ser, que traen consigo también –no lo olvidemos– las riquezas de los dones de Dios. Difícil tarea es la de constituirse en elemento de unión, intérprete de las aspiraciones y motivaciones de unos para con otros, a fin de conducirlos a la reconciliación, al amor, en fin, a lo que nos invita el capítulo 72 de la RB.

El abad se constituye, además, en guardián del orden de la comunidad (RB 63) no sólo exterior, sino principalmente interior: en los jóvenes, honrando a los ancianos, y en éstos amando a los jóvenes. Honra y amor que más que actitudes de deferencia, sean valorización recíproca, escucha mutua, de modo que los ancianos manifiesten sabiduría, y los más jóvenes la novedad que el Espíritu Santo parece estar queriendo manifestar, a fin de que la comunidad permanezca fiel y se rejuvenezca siempre.

En fin, unidos entre sí, abad, maestro, mayordomo, enfermero, y todos los colaboradores por más humildes que sean sus tareas, “teniendo por maestra la Regla” (RB 3,7), ejerciten este trabajo insustituible de la formación.

En la medida en que los miembros de una comunidad, colocándose en el seno de aquella inmensa y superior unidad que es el mismo Dios, abandonando sus pasiones dispersas, la complejidad de sus afectos, se vayan unificando en lo más profundo de sí mismos, en la medida de esta pureza de corazón, irá surgiendo, en la colectividad de las almas, la verdadera fraternidad cristiana, la *KOINONÍA*.

Finalmente, la comunidad monástica es formadora en relación a la Iglesia y al mundo, como signo, sacramento que habla, comunica, invita.

En nuestra América Latina, los desafíos son inmensos: Puebla afirma que el núcleo más radical de la cultura humana es la dimensión religiosa y la relación del hombre con Dios, con el sentido total de la existencia, con el Absoluto (Puebla 389). Es importantísimo hacer que la religión del pueblo latinoamericano en sus diversas formas, se haga más profundamente personal, es decir, consciente y comprometida. Pienso en todo lo que los monasterios pueden ayudar a esta Iglesia carente de catequesis, de profundización de la fe, en todos los niveles, desde el primario hasta el universitario, a partir de un testimonio de vida pero también explicitando el contenido de este testimonio. Pienso en nuestras hospederías monásticas, lugares de oración y reflexión, de experiencias de Dios –en el silencio y en la comunicación– que constituyen la médula de la misma vocación monástica.

Pero también en esto, los monjes y el monasterio no sólo dan sino que reciben, son también formados por esta Iglesia y por este mundo, sin dejar de existir el mismo proceso de interacción que puede suponer mayores o menores tensiones, exigiendo un discernimiento a veces difícil.

No me extenderé más. El monaquismo es vida, es “*processus conversationis et fidei*” (Pról. 49), es marcha, es formación permanente hasta que todos seamos UNO, con el PADRE, el HIJO y el ESPÍRITU SANTO. Así sea.

*Monasterio de Ntra. Sra. del Monte
Olinda – Brasil*

